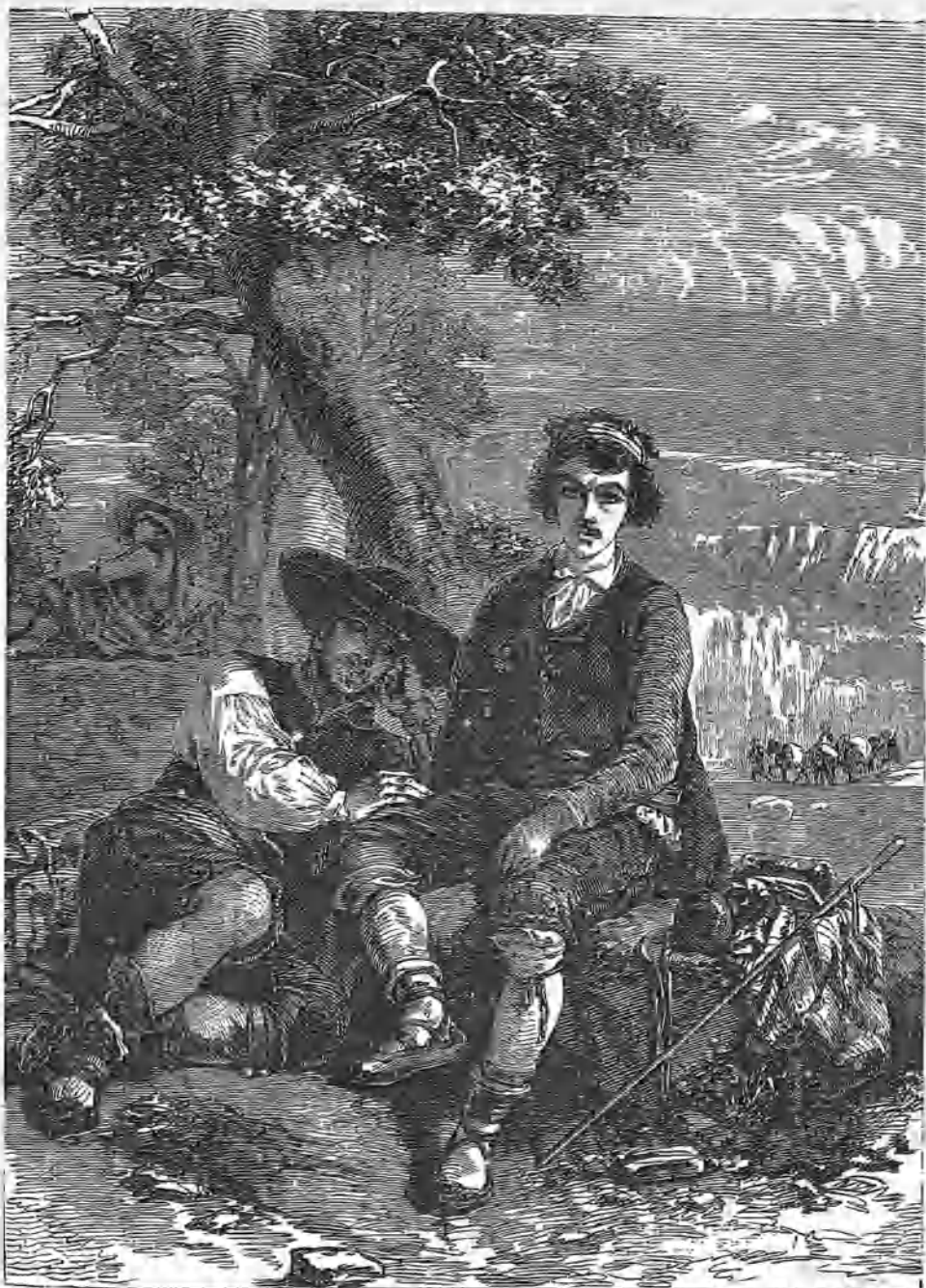


SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



Habitantes de las cercanías de Panticosa.

HISTORIA DEL SEMANARIO.

No ya interés pasajero ni frívola curiosidad es el sentimiento que á través de tantos años y vicisitudes tantas, viene hoy á despertar en los amantes de las letras y de las artes la ilustre publicación que con el modesto título de SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL nació rica de aspiraciones en época ya lejana, cuando comenzaban á resplandecer los primeros felices albores de la regeneración literaria de nuestra pa-

tria. Aunque no fuera más que por el sello de respeto que en ella han impreso los años trascorridos desde aquellos días, hubiérase hecho acreedora á una admiración justa, á un cariño íntimo, á una marcada predilección de parte de cuantos ven en las obras literarias algo más que vano pasatiempo, ó mejor dicho, que descubren en las creaciones del ingenio fecundos gérmenes de cultura y de civilización. No necesita sin embargo para lograr tal estima, no necesita de las solemnes prescripciones del tiempo. Monumento animado de la época, reflejo vivo de sus caracteres presentes, y pronóstico de sus futuras glorias,
2 DE ENERO DE 1853.

tiene para nosotros tan alta significación, que ningún espíritu observador pueda ya separar su idea de la historia de nuestra restauración, como si entre ambas mediara algún lazo misterioso, como si la existencia de la una fuese parte integrante del alma que vivifica la otra.

Diez y siete años de vida cuenta ya el SEMANARIO, y ya sabemos lo que significa este dilatado período tratándose de publicaciones literarias; más aun en una sociedad como la nuestra, enmorrida hondamente por encumbradas y potentes fuerzas, y que marcada con el sello de la transición, ve en su atmósfera sucederse unas á otras las ideas, como á yes de paco que buscan benéficos climas donde permanecer. En semejante estado, diez y siete años simbolizan en literatura mucho más que una generación en la vida del hombre. A esta edad, el SEMANARIO, que tuvo su infancia rica de esperanzas, y que como el hombre en su juventud, ha tenido que sufrir largos combates y penosas vicisitudes; á esta edad se encuentra en su más completa virilidad, teniendo ante sí la misma perspectiva de una larga vida, y favorecido de eficaces recursos con que contribuir por su parte á la general ilustración y á la mejora de la sociedad.

Bejo dos puntos de vista puede considerarse el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, el satírico y el literario: el material y el moral; á la vez se puede valorar como historia del arte de la imprenta y del grabado, y como esclarecido padrón en que están inscritos los nombres de nuestras reputaciones científicas y literarias. En ambos conceptos merece una detenida observación; y por lo mismo, animados del interés que despiertan sus circunstancias, vamos á echar una ojeada sobre su vida desde la época de su fundación.

Preocupados en 1836 la mayor parte de los españoles con los honrosos sacrificios políticos que se habían sucedido en la Península, y con la cruel discordia que todo lo desahallaba, las letras y las artes se hallaban en lastimosa situación, amenazadas del más funesto olvido. Pero los poetas y los artistas, esa sociedad siempre nueva, encarnada en otra sociedad siempre caduca, y á la vez independiente de ella, no podían menos de vislumbrar al través de las nubes de humo de los combates, los claros reflejos de la brillante luz civilizadora que en no lejanos países resplandecía. Inglaterra y Francia, siempre á la cabeza de los adelantos, trabajaban á la sazón en difundir por todas partes los marceos conocimientos, revestidos de una forma sencilla y agradable que los insinuase insensiblemente en todos los espíritus, y que diese á la juventud un campo propio para lucir sin árduos trabajos sus conocimientos. La forma periodística se regeneraba notablemente, y las publicaciones literarias adquirían inmensa popularidad. Nuestros jóvenes literatos y artistas que presentaban aquella nueva existencia estaban animados del deseo del combate y de la gloria; pero encerrados, por decirlo así, en sus individualidades, necesitaban un centro común, un palenque donde luchar si habían de aspirar al renombre que extranjeros autores de su respectiva patria merecían. Un hombre de ingenio y de voluntad apareció felizmente para llenar estas aspiraciones; y pronto el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, creado y dirigido por el señor MESONERO ROMANOS, fué la línia á que tendió ansiosa del triunfo la entusiasta juventud de que tan larga copia crecía entonces nuestra patria.

En la ejecución de sus proyectos no desmintió este notable escritor lo que al frente del primer tomo del SEMANARIO ofrecía por vez primera á un público indiferente hasta allí á las glorias literarias. Este periódico, cuyas columnas abría generosamente á todo jóven de mérito, artista ó literato, hizose como una biblioteca continua de los partes del ingenio. Fundado á semejanza del *Penny Magazine*, que tanta fama alcanzaba en Inglaterra, y del *Magasin Pittoresque*, publicado á su imitación en Francia en 1835, fué desde luego de tanto valer entre nosotros, como aquellos en el extranjero, relativamente al estado de atraso de la imprenta, y á las dificultades que hubo que vencer para acomodarse á formas hasta entonces desconocidas en España. A pesar de los modelos que imitaban, el SEMANARIO creció desde un principio con vida propia é independiente. Buena testamonia dan de ello los primeros volúmenes que bajo tan acertada dirección se publicaron, llenos de preciosos estudios literarios de todas las formas imaginables como enriquecieron sus modales y gloriosas columnas. Y no fué solo el mérito del nascente periódico. El grabado en madera, tan adelantado en el extranjero y totalmente desconocido en España, se introdujo y fomentó á su sombra con éxito extraordinario; y hoy puede decirse que no contábamos hoy mas de un artista aventajado, si entonces no hubiera tenido tan poderosos estímulos para superar las dificultades que presentaba el estudio de un arte, en el cual tenían que avanzar sin maestros que los dirigiesen, guiados solamente por la imaginación, y sostenidos por la voluntad.

Desde el año de 1836 hasta fines de 1843 dirigió el SEMANARIO el señor MESONERO, casi siempre con buena fortuna. Sin embargo, puede asegurarse que los tomos de 1836 y de 1844, ya por las muchas dificultades que en aquel hubo que vencer, ya porque durante la mayor parte de la publicación de este viaje el señor MESONERO lejos

de España, son muy inferiores á los cinco restantes, llenos de notables artículos y de grabados buenos para aquella época. Pero entre todos descuella como de más importancia el de 1839, que abunda en variadas estudios literarios y en excelentes dibujos, casi todos originales; y el cual señala el más alto grado de perfección á que llegó este periódico bajo la acertada dirección de tan distinguido escritor.

Después de este variado período de seis años pasó el SEMANARIO á ser propiedad de D. GERVASIO GARCERAN, quien le tuvo y dirigió por espacio de otros dos. Menos acertado, ó más negligente que su fundador, el nuevo director solo consiguió darle reposo en lo más necesario, á saber, en la parte material, que mejoró bastante; pero en la artística, y sobre todo en la literaria, permaneció estacionario; lo cual entonces siguió y marcó el principio de su decadencia, que á tan lastimoso estremo llegó en la época subsiguiente.

Con efecto, vendida la propiedad del SEMANARIO en fin de 1844 al edilic señor LALAME, la dirección de tan importante periódico fué encomendada al señor VALLADARES Y SAATEDRA. De esta época nada de lisonjero puede citarse. La decadencia del SEMANARIO fué completa; y para evitarnos el disgusto de relatar amargas verdades, permita el lector que lo referamos á la nota estampada en la última página del tomo correspondiente á 1845, pues que ella habla con triste y desconsoladora eloquencia de la honda postración y total desdoblamiento en que tan respetables columnas habían caído. Su singular ingenuidad no da lugar á dudas acerca de la consideración que entonces merecían.

A pesar de la fatídica predicción de su último director, el SEMANARIO cobró nueva y vigorosa existencia en poder del señor CASTELLÓ, á cuya propiedad había pasado á fines de 1845. Desde luego este inteligente grabador tuvo el acierto de encomendar su dirección al ilustrado escritor señor NAVARRO VILLOSLADA. En tan inteligentes manos, la agonizante publicación sacudió su letargo, se dirigió resplandeciente á un público que poco ántes la despreciaba, y á costa de desvelos y de sacrificios volvió á reconquistar su merecido puesto en la sociedad y en la biblioteca del literato. Sin embargo, en el corto espacio de seis meses que la dirigió el señor VILLOSLADA, no hizo todo lo que hubiera sabido hacer, imposibilitado tal vez con el cuidado simultáneo de cuatro publicaciones mas notables que á la sazón estaban encomendadas á su inteligencia.

Por último, en julio de 1846, habiendo sido adquirido por el señor D. Baltasar Gonzalez, rico propietario y comerciante de esta corte, el SEMANARIO, encomendado al señor FERNANDEZ DE LOS RIOS, comenzó una nueva marcha, en que ha seguido progresando hasta el presente, y cuya nueva faz apareció mas determinada desde que en 1847 se hizo además su propietario. Muchos que comprenderán bien el lector, no nos permiten consignar aquí la justa alabanza á que se le ha hecho acreedor el señor FERNANDEZ DE LOS RIOS por la completa regeneración que ha obrado en el SEMANARIO, que en nuestra sincera opinión, como eso de la general, lo ha colocado no solamente sobre las mejores de sus pasadas épocas, sino á la altura de las publicaciones de esta clase que mas fama alcanzan en las naciones extranjeras. A decir las razones en que fundaríamos nuestros elogios y los de todos los amantes verdaderos de la bella literatura, por su celosa y acertada dirección, no solo recomendamos al lector el examen de los siete tomos que lleva publicados, sino que probaríamos cómo el número de sus suscriptores, doble casi desde un principio al de su mejor tiempo, manifiesta la estima que tan respetable publicación ha vuelto á merecer hace años de un público para quien había muerto en el desden mas vergonzoso.

Pero dejámo aparte esta relación de la faz material del SEMANARIO, de su existencia mas ó menos vigorosa en las diversas épocas, ya revueltas, ya indiferentes, ya propicias porque ha atravesado, ¿no tiene á nuestros ojos mas importancia, mas significación que casi todos los periódicos literarios que con distinto éxito han nacido, brillado y muerto durante la vida que cuenta? ¿Qué joven de talento y de esperanzas, qué sabio publicista, qué sensible poeta no ha escrito en él una página siquiera? ¿Cómo pues, atesorando el fruto de tanto y tan brillantes ingenios, no llamarlo historia literaria de nuestra generación, testimonio de nuestros adelantos artísticos, protesta victoriosa contra los extranjeros, tan malos apreciadores de nuestras glorias?

El él han resonado las nobres aspiraciones de la Coronado, ZORUILLA, CAMPOSOR, DUQUE DE RIVAS; el arrebatado canto de la AYERREDEA, BARRAL, GARCIA TASSARA, GALLES; la sublime lección de GARCIA GUTIERREZ; la clásica poesía de BARRERESCH, ALGARÁ GILIANO; la imitable voz de BERTON y de VILLOSLADA.

En sus páginas están guardados los admirables estudios del mismo HARTENBUSH, OCHOA, GARCIA BLANCO, GALANGOS, BURAN, CASTRO; los concienzudos artículos de TAPIA, VILLOSLADA, PASTOR DIAZ y CASERE. La muse festiva, al par que animada, de EL ESCRIBASTE, y de FRAY GERONIMO, tan popular en España; la sabrosa traducción de EL SOLITARIO, cuyos trabajos parecen escritos en el siglo de oro de nuestra literatura; los espléndidos cuadros de costumbres de EL CARO-

en PANLANTÉ, chispeantes de gracia y de originalidad como los del *Evangelio de la Charité d'André*, han embellecido multiplicadas veces las columnas de un periódico, ya por tantos títulos respetable á nuestros ojos.

En ellas, pues, como símbolo de esquisita ternura y dulcísima poesía, resucitan las contigas del *Amor de los amores*, de la mas dedicada de nuestras poetisas; como tanto vigoroso y apasionado, el siempre fresco y lozano *Dos de Mayo*; del maestro de nuestros líricos; como tipo de encantadoras leyendas, brilla *La reina sin nombre*, creación del sabio de nuestros dramáticos; y finalmente como modelo de gracia y difícil facilidad, la festiva sátira de *El Ajiotaje*, parto del fecundo ingenio del príncipe de nuestros poetas cómicos.

Pero en medio del sincero entusiasmo con que pasamos nuestros ojos por esta rica colección de ilustres nombres inscritos en el SEMANARIO, una amarga observación viene á herirnos el alma y á ahogar la ínfima alegría de nuestro corazón. ¿Cuántos ingenios, un tiempo esperanzas de las letras y honra de la patria; cuántos ingenios que trabajaron esforzadamente en redimir el vacilante edificio de nuestra literatura, no fueron arrebatados por la muerte? ¿Quién llenará de hoy una el lamentable vacío que deja el gran LASTA, el clásico poeta, el maestro de dos generaciones? ¿Qué acento tonará arrebatado de inspiración donde el fascinador ESPANOLCA apostrofaba al Sol, donde en mágica elegía lamentaba la muerte de *Elvira*, donde cantaba á Teresa con el suspiro del amor y el grito de la desesperación? ¿Quién nos hará reposar á la sombra de la orgullosa Palma de América, ó nos conducirá atónitos á orillas del *Níagara* á cantar al gigante de los rios, después que la voz de HEREDIA se ha perdido en los abismos de la eternidad? ¿Y acaso los malogrados ENRIQUE GU, QUESADA, PLACIDO, SANZ PARDO, DONCEL, no han dejado con su muerte lastimosas é inolvidables memorias?

Harto cruel sería esta triste verdad, si lisonjeras esperanzas no anunciaban á nuestra ilustre patria nuevos ingenios que llenen cuando menos tantos lastimosos vacíos como en ella quedarán con la pérdida de tantos otros. Una nueva generación de jóvenes ilustrados y ganosos de gloria, que como sus mayores han depositado sus creaciones y estampado su nombre en las páginas del SEMANARIO, se levanta rica de esperanzas á conquistar denodada el templo de la fama. Los nombres de GONZALEZ DEL CASTILLO, ARIZA, TEJADA, CEA, HUERTAS, CAZURRO, AGUIERA, TRUJBA, BARRANTES, CERVINO, EGUILAZ, SANZ, SUAREZ BRAVO, y otros muchos que ya han resonado con gloria en la prensa, en el teatro, en la tribuna, resplandecen ya con luz propia, y aguardan para nuestras letras días lisonjeros de engrandecimiento y de dominio.

Y entre todos estos brilla espléndido el nombre popular de FERNAN CABALLERO, como un sol inesperado que baña en luz el cielo de la patria: ese nombre, secreto de un genio que encerrado en el misterio y en la poesía ha cantado *La Gaviota*, *Lágrimas*, *Clemencia*, y tantas otras celestiales creaciones como ha derramado en esta convulsa sociedad, para enjugar su llanto, alentarla con la esperanza, y mostrarle el camino de su fe y de su felicidad. ¿Quién no ha llorado, reído á palpitar de emoción al escuchar sus angelicales palabras, ya suaves como el canto de la tórtola, ya imponentes como el ruido de la cascada?

Y aquí naturalmente se nos vienen á la imaginación reflexiones consoladoras acerca del estado de nuestra literatura nacional, no muy celebrada como tal vez debiera serlo.

Dícese por algunos que las letras castellanas han venido, por efecto de adversas circunstancias, á girar en una continuada imitación de las extranjeras, como pareciendo que el talento pátrio, debilitado ó exhausto, no alcanza ya á producir las altas creaciones que en otros siglos le conquistaron merecidos laureles.

Esto nos parece hijo de un exagerado optimismo hácia todo lo pasado, ya que no se diga nacido de un sentimiento escéptico hácia todo lo presente. Prescindiendo de que el hombre adelantado de un modo incontestable, y de que fuera aventurado afirmar que la luz de la civilización, que tanto ha favorecido nuestra sociedad en la mayor parte de los conocimientos sujetos á su dominio, no ha sabido ilustrar y fecundar la imaginación, como matriz de las obras bellas del ingenio; prescindiendo de tan natural y enérgica consideración, podríamos citar á los que tan injusto parecer sostienen, mas de una vez producción gloriosa que ha inmortalizado nombres de nuestros días. Porque en efecto, ¿esto nos ha sucedido semejante recuerdo, ¿no tienen la mayor parte de los nombres escritos en las páginas del SEMANARIO títulos á una fama imperecedera, que no desearían si birnasen á la vida esclavos ingenios del siglo de oro por estelencia? ¿No aceptaron esos mismos ecosos que veneramos con justicia el fuego celestial que anima al *Trovador*, el soberano nuncio de *El Zapatero* y el *Rey*; la eterna pasión de *Los Amantes de Teruel*? ¿Y al recordar estas monumentales concepciones, no se agolpan sin quererlo el lector á su imaginación otras muchas figuras de gloria semejantes á estas, con respecto á obras de

distintos géneros, de carácter diferente, que tantas veces ha aplaudido, y que repite maquinalmente de memoria?

Aun en la misma clase de trabajos destinados á enriquecer las columnas de los periódicos, no creemos que sea justo quejarse con tanto empeño del estado de nuestra actual literatura, habiéndonos visto el inmenso número que se ha producido de ellos en las dos décadas que acaban de transcurrir. ¿Cuántos periódicos de todas las clases imaginables no han vivido mas ó menos entre nosotros, embellecidos con trabajos que no desearían altas reputaciones? ¿Y acaso tiene que ceder en esto el SEMANARIO á algunas notables publicaciones que son tan estimadas en casi toda la Europa?

Muchas obras escogidas pudiéramos analizar en confirmación de nuestro último aserto; pero así lo creemos necesario para que el lector compare con nuestra opinión, ni los cortos límites de un artículo nos lo permiten. Recordáremos únicamente el estudio de la señorita CORONADO estableciendo un paralelo entre Santa Teresa y Safo. Dejando á un lado la mayor ó menor exactitud en sus aseveraciones, ¿hay nada mas bello, nada que revele mas fuerza de talento que concepción tan atrevida? ¿Podrán citarse muchos artículos como este en los mejores periódicos del extranjero?

Aunque no hubiere sido mas que por el concepto que mereció del gran LASTA, que el señor FERRER DEL RIO cita en la vida de tan eminente maestro, el SEMANARIO valdría mucho á nuestra consideración.

Pero cortando aquí nuestras desahucadas observaciones, preguntaremos al lector si reuniendo tales cualidades no puede considerarse el SEMANARIO como vivo monumento de nuestras presentes glorias, y como prodigio de las venideras. No solamente así lo reconocerá, sino que nos parece que ya le llama pila del bautismo literario de nuestros ingenios, libro de vida de sus nombres, bandera á cuya sombra todos han combatido por la fama.

¿No son pues muy acreedoras á la estima de los amantes de nuestra ilustración las personas que con sus esfuerzos han remido en un centro común los mas ilustres talentos de España?

ANTONIO ARNAO.

HABITANTES DE LAS CERCANIAS DE PANTICOSA.

Figúrate un pequeño valle colocado en lo mas alto del Pirineo, un verdadero nido aislado y solitario, sin comunicación con las ciudades, apartado hasta de las mas pequeñas aldeas, sin camino que á él conduzca, jamás surcado por las ruedas de un carruaje, sin mas punto de contacto con el mundo que un angosto y dépero sendero apenas transitable; un pequeño valle rodeado de altísimas montañas de granito, inaccesibles las mas, desnudas en su mayor parte, cubiertas á trozos de praderas esmaltadas con flores diminutas de color azul, endidas por grandes torrentes de blanca espuma y coronadas de nieve perpetua, entre la cual se descubre alguna peña oscura, en cuya cima, cerca ya del cielo, se aspira la poesía hasta sentir oprimido el corazón; tíjase en una pequeña Cuenca, cuyo fondo es una llanura dividida por mitad entre una pradera y un lago cristalino, espejo inmenso en el cual se mira el cielo con amor, y tendrías una idea del punto que ocupa el famoso manantial de Panticosa.

Hay en aquel asilo de paz y felicidad algo que renueva y rejuvenece la sangre en las venas, algo que da vigor al cuerpo, y el alio.

Todo allí es gigantesco, todo admirable: la naturaleza luce siempre en aquel parage de su magnificencia en cualquier ocasion que se la contemple.

¿Se acerca el día? El sol empieza á despuntar en una mañana despejada; el cielo se encuentra por oriente claro y azulado; nubes ligeras y vaporosas, rosadas y de color de fuego, se deslizan por el horizonte; el resto de la bóveda oscura aun, está tachonado de estrellas que no despiden mas que una luz blanquecina; las puntas de las montañas reciben oblicuamente una linta plateada; la yerba brilla con el rocío; no se oye mas que el zumbido de las abejas que se columpián en el cáliz de las florescillas, y un rayo de sol viene al fin á acariciar los picos mas altos para descender hasta al pie de las sierras.

¿Acaba el día? El sol se pone entre negras y espesas nubes que tiñe con un ligero reflejo amarotado; las golandrias y los pájaros grises de cola encarnada lanzan chirridos siniestros, anuncios de la tempestad, que se mezclan con las bellas é imponentes armonías del viento; la noche oculta con su ligera gasa las peñas centinelas que despuntan en las alturas sobre la nieve que las rodea, protegiéndolas de las miradas del hombre, como la nieve las tiene protegidas de su huella.

¿Es plena noche? Entonces las encantos de aquel paisaje se multiplican, porque lo que desentona aquel cuadro es la concurrencia que durante el verano acude al establecimiento de baños, única y pasage-

la conquista que el hombre le pidió hacer en aquel territorio salvaje; por la noche cesa todo movimiento, hasta el punto de que se creería aquel valle tan desierto como en el centro del invierno, y el que vela posee el solo á tales horas lo que por el día tiene que partir con los que van á buscar la vida en aquel rural melancólico.

Parecía que la luna con sus azules reflejos, con su claridad misteriosa, que proyectando espirosas sombras en las montañas, pone de relieve las peñas y las quebraduras; para él solo la bóveda azul, sembrada de estrellas de oro, y ese rumor melancólico ocasionado por mil ruidos diversos que se combinan en el campo en medio del silencio de la noche, para producir una dulcísima armonía: y como si no fuera bastante heredar así durante muchas horas la parte de todos los que descansan, la naturaleza tiene allí para él que vea nuevas creaciones; los pocos árboles que en medio de aquella vegetación esteril brotan de entre las peñas, toman la apariencia de fantasmas, el viento dice cosas más bellas que las que pueden expresar la poesía y la música juntas, las sombras de lo pasado toman cuerpo, los amores de otros tiempos reviven y vienen á poblar con él este territorio, del cual es rey hasta que la aurora pone término á la noche.

Pero no es una descripción lo que nos hemos propuesto escribir aquí, sino unas cuantas líneas que motiven la lámina que ofrecemos representando á unos habitantes de las cercanías de Panticoes: este grabado, notable por la verdad de los trajes, por el carácter de las figuras, por la naturalidad de las actitudes, es más notable aun por el sentimiento grave y tranquilo, por la vaga melancolía que el artista ha sabido imprimir al paisaje.

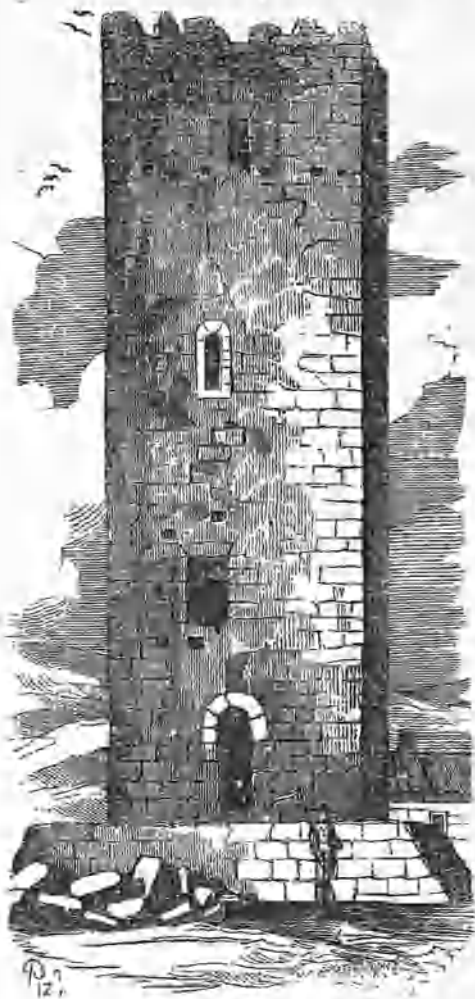
Me diréis acaso que es árido, que es triste el aspecto de esta comarca, de la cual el lápiz intenta en vano dar una idea exacta; pero más triste, más árido aun es la mitad del año, cuando la nieve la cubre con blanco sudario y los torrentes corren despeñados con doble caudal y doble estrépito, y mayor es entonces su magnificencia. Si preferís á las fuertes emociones que despierta en el alma un país montañoso, yermo y solitario, los pensamientos risueños que inspira una fértil llanura poblada y cultivada hasta un horizonte cuyos límites no se descubren; si os encanta más el brillo de un sol abrasador que las variadas de sus amortiguados rayos al través de la niebla de la tarde; si os seducen mil hujías, reproducidas en veinte espejos de un salón, más que ver en vuestro gabinete la pálida lámpara que vacila y se extingue; si tal es vuestra organización, no es extraño que no comprendáis los atractivos del valle feliz de que os he hablado un instante.

A. DE LAROCHE.

LUNA Y SUS CASTILLOS.

En la parte del alto Aragón, conocida con el nombre de Cinco-Villas, y á cuatro horas de la célebre Egea de los Caballeros, por la batalla memorable que en ella dió contra los infieles el rey D. Alonso I de Aragón en el año 1110, encuéntrase la de Luna, que no por dejar de contarse en el número de las cinco es menos considerable en la actualidad, ni menos ilustre en la pasado; así al menos lo atestiguan sus templos del siglo XII perfectamente caracterizados, tanto por su severa arquitectura gótica, como por el libro de Constantino que se halla esculpido sobre sus puertas: demuestran igualmente los torreones y castillos medio derroídos que se hallan en ella y sus frías inmediaciones. Destruida esta población por las continuas guerras hechas entre cristianos y sarracenos, fué repoblada por el rey de Aragón D. Sancho Ramírez en 1091, quien deseoso de dar más ensanche á los estrechos límites de su reino y á fuer de conquistador, presentose al frente de Obano, pequeño castillo distante un cuarto de legua de la villa, y el cual, abandonado por los moros, llegó D. Sancho, que tomando posesión de esta fortaleza, concedió desde ella á los de Luna varias prerrogativas y privilegios, otorgándoles entre ellos el derecho de población é infanzonía (1). Conquistada al

propio tiempo la villa y el castillo de Villaverde, que se halla á una legua de esta; ya dueño D. Sancho de todos estos puntos, hizo donación de la villa de Luna con título de condado al esforzado caballero D. Bachalla ó Briocalla, como justa remuneración á los importantes servicios que le había prestado; este Bachalla tomó el apellido de Luna, quien lo legó á sus descendientes; y sus ramas, que tanto se extendieron y á tantas glorias y vicisitudes enlazaron su apellido, fueron de las más ilustres de España, hasta que últimamente fué revocada por D. Pedro la merced de condado en D. Lope de Luna. La actual población se encuentra en el descenso meridional de una pequeña colina á la margen derecha del humilde río Arba de Biel, que corre en dirección del S por las inundaciones orientales de la villa: créese con algun fundamento que el pueblo es lo antiguo estar situado en la planicie de la colina, por conservarse hoy día en ella un barrio llamado la Corona, en el cual existen dos antiquísimas iglesias, la una bajo la advocación de Santiago, consagrada en 1111 por el obispo Vicente, de la Iglesia Cosmugustana, y es la matriz y primitiva parroquial, y la



(Castillo de Óbano en Luna.)

otra en las eras del pueblo, llamada San Gil de Media Villa, cuyo título hace suponer sería aquello el centro de la población. La primera se conserva hoy día en culto, venerándose en ella la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, llamado de Zareco, y la segunda hace muchísimo tiempo que cayó en desuso por la inexorable mano de aquel y las diversas vicisitudes que ha sufrido; hoy se halla tapiada su entrada principal porque las inmundas escaravanas de gitanos y otras gentes de mal vivir lo convierten en albergue de sí y sus caballerías, con notable desdoro y menoscabo de los misterios de la Iglesia Católica; en las costadas de ambas iglesias se encuentran en el suelo y abiertas en la piedra varias sepulturas que no nos atrevemos á afirmar fuesen de árabes, porque es sabido que estos se enterraban en lo general con los pies hácia Oriente, circunstancia que no se observa en estas. A una legua de Luna y un cuarto de la misma se encuentran los dos castillos de Villaverde y Óbano: aquel imponente, aunque muy deteriorado, está constituido por un grueso torreón cuadrado, todo de piedra arenisca desde su nacimiento hasta la cúspide; se eleva majestuosamente en el centro de un valle, cual gigante centinela que con su desmesurada

(1) Dice el señor Madoc en su *Diccionario* en lo que respecta á la peste histórica de esta villa, que en 1459 el rey D. Alonso concedió á esta población el referido privilegio: partiendo de este principio y aun suponiendo que dicha concesión fuese hecha por el D. Alonso que allí se cita, debería este ser el tercero de este nombre, llamado también el *Liberal*, nacido en 1291, de cuyo ageo no debería haber sido la referida concesión en 1459, esto es, cerca de siglo y medio posterior á la muerte de aquel, porque más abajo dice el mismo *Diccionario*, que D. Pedro revocó la merced de condado en D. Lope de Luna. Este D. Pedro debe haber referenciado al cuarto apellido, el *Caramoniano*: acordémosnos en lo de la revocación, no la estamos en lo que base á la concesión del privilegio de infanzonía por D. Alonso, tanto porque él no le aseguró en dicha villa que lo fue por D. Sancho Ramírez, pues en su archivo se conserva el instrumento original, de cuya autenticidad no hay duda alguna, cuanto porque se nos ocurriría traer lo hubiese sido por ningún Don Alonso, en atención á lo que también debe exponer: si lo hubiese sido por el rey Don Alonso III, estaría equivocando la fecha, como se ha dicho arriba; y si por D. Alonso V, no encontramos en la cronología de los reyes de Aragón ninguna D. Pedro posterior á aquel.

¿Por qué quisiera dominar los alrededores de aquella comarca; indudablemente debía servir este recinto de punto avanzado de los castillos de Luna, ocupados todos por los moros durante el tiempo de su dominación: conserva aún el castillo de Óbano, en fuerza de su mucha solidez, el mismo aspecto que en tiempo de su fundación, la cual deberá remontarse sin duda al siglo VIII ó IX; sus recortadas almenas sirven hoy de guardia á multitud de grujos que sin cesar revolotean alrededor de su cima; aquella enorme masa, que cuenta diez siglos por lo menos, parece desafiár al tiempo destructor. Otro día dedicaremos un artículo al Santuario de Nuestra Señora de Montora, si lo consideramos oportuno.

J. A.

FIGARO AL DIRECTOR DEL ESPAÑOL.

(PARA DESHACER VARIAS EQUIVOCACIONES) (1).

Señor director del Español: He leído detenidamente la contestación que á mi carta y á continuación de ella da V., y en el ínterin que por medio de un artículo que quedó preparando, dejo distintamente deslindada para lo sucesivo mi posición en el periódico que V. dirige, no puedo menos de apresurarme á deslucir hoy algunas equivocaciones que con respecto á mí ha padecido.

Prescindo de sus antecedentes políticos y de sus proyectos y doctrinas pertenecientes á la escuela social del siglo XIX. Esto no hace á mi propósito.

Pero díce V.:

«Acababa de aparecer en la escena política el señor Mendizabal, y juzgándole bajo la fé de su programa... tuvimos la bonhomía de darnos en tan balsagueñas esperanzas, y de ser V. y yo, ¿quién lo creyera? ministeriales, el corto tiempo al menos que fué moda aserío, etc., etc.»

Permitame V. que no deje pasar esa asercion. En el primer artículo mio que vió la luz en su periódico, el 3 de enero de este año, titulado *Figaro de vuelta*, después de haber expuesto brevemente las esperanzas que en el ministerio Mendizabal podía fundar el país por su buen principio, decía yo:

«Si en mi organizacion cupiera el ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años.»

Nunca fui ministerial; consecuentemente con este principio, en mi último folleto titulado *Dios nos asista*, después de haber criticado ampliamente á ese mismo ministerio Mendizabal, en época en que empezaban á desvanecerse ya las esperanzas, y en que tomaba, en mi sentir, un camino equivocado, decía:

«Por tanto no es á él á quien critico, sino á los demás. De él hay que decir mucho bueno, pero también algo malo: nosotros con todo nos volvemos siempre extremos, y un hombre aquí ha de ser un Dios ó un pícaro. No hay medio. Precisamente Mendizabal no es ni lo uno, ni mucho menos lo otro.»

El único párrafo de su contestación donde me halló contestado á mi pregunta algo mas claramente, es á aquel en que dice que «esclusivamente preocupado de la suerte del trono y la libertad, interin salimos de la crisis en que el país se halla, espera que no negaré á V. mi voto á favor de que hagamos treguas con todo el mundo y solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación»: y concluye V. declarando «que terminado el conflicto en que nos hallamos, y aplacada la irritación que agita los ánimos, podré habérmelas en su periódico con quien mejor me parezca, sin escepcion de tiempos ni de personas.»

Debo decir á V. en primer lugar, que siendo mi principio el de hacer constantemente la guerra á cuantas me parezca torcido, no tengo por qué esperar á que salgamos de crisis alguna, ni hacer treguas con nadie; tanto mas cuanto que creo que hay crisis para rato, y que esa misma crisis entra en mi jurisdiccion.

En cuanto al trono y la libertad, de que V. está preocupado, nada tengo que decirle: el primero existe de hecho; la segunda ni de hecho ni de derecho; y en cuanto á que solo tengamos armas para defender la prerogativa real y los derechos de la nación, declararé á V. que no siendo mis armas defensivas, mal puedo darle ese voto. A eso agregá-

ré, que aun en caso de defender, no sería la prerogativa real lo que defendería: ¿qué sería, señor director, ver á un pobre barbero de Sevilla?... (1).

Concluyo pues diciendo á V., señor director del Español, que solo reduciendo á mi mismo la responsabilidad de mis pobres escritos, y no participando de la de los demás; solo no teniendo que escribir bajo inspiraciones ajenas, y no viéndome espuesto á que se alteren ó supriman mis artículos, puedo ahora y siempre seguir ocupando un tiempo en su estenso periódico, favor que le ha de ser á V. tanto mas fácil concederme, cuanto mas insignificante es mi posición, y cuanto que creo que no harán nunca una revolucion las humildes y barberiles travesuras de su afectisimo

FIGARO.

D. RAMON PIGNATELLI.

El hombre de quien vamos á hablar es uno de los que mas han merecido el aprecio de los aragoneses, por el extraordinario celo con que trabajó toda su vida por el bien de sus semejantes, y por la prosperidad de su país, habiendo existido muy pocos mortales que puedan disputarle el distinguido lugar á que se ha hecho acreedor en la historia de los hombres útiles á la humanidad. D. Ramon Pignatelli, hijo de D. Antonio y de Doña María Francisca de Moncayo, nació en Zara-



(D. Ramon Pignatelli.)

goza el año 1754. Sus padres conocieron en él la afición estremaada que tenia por el estudio, y procuraron darle una esmerada educación. Con este objeto, y después de haberlo instruido en todo lo que se requiere para poder cursar estudios mayores, lo enviaron al colegio Clementino de Roma, donde se dedicó con afán á la filosofía y á las ciencias exactas y naturales, además del derecho canónico que estudiaba, con el fin de seguir la carrera sacerdotal. A la edad de diez y nueve años le confirió Benedicto XIV un canonicato en la iglesia metropolitana de Zaragoza, y vino en seguida á tomar posesion de él. Desde esta edad hasta la de veintinueve años, se desarrollaron en él aquel genio fuerte, aquella grandeza de alma, y aquella firme constancia que tanto le caracterizaron, y que tan bien se dejaron ver cuando estuvo á su cargo la realizacion de una infinidad de proyectos grandiosos, que sin pavora determinó llevar á cabo.

En los cuatro años que rigió la universidad hizo en ella varias mejoras, estimuló á la juventud que concurría á sus aulas, y dió diferente giro á algunos métodos viciosos de enseñanza que hasta entonces se habían seguido. Pero cuando mas principio á conocer el genio de Pignatelli fué á los treinta años de su edad, en el de 1784, en que le nombraron regidor de la casa de misericordia. Lo primero que

(1) Hace algunos años que en cada tomo del SEMANARIO damos á conocer uno ó mas artículos del inolvidable Figaro en este número aparece uno de los pocos escritos inéditos que de él nos quedan, y en el siguiente número tambien á luz, por vez primera, algunas octavas desconocidas de Espronceda. El SEMANARIO de 1825 se reimprime pues recogiendo en sus páginas dos producciones de Lera y de Espronceda que el público no ha leído.

(4) Faltan algunas palabras en el manuscrito. [N. de la B.]

hizo al aceptar este cargo, fué ir á visitar la sobredicha casa; no halló en ella mas que miseria; el edificio en que moraban los pobres era muy reducido para contenerlos á todos, siendo además muy escasos los fondos que existían para atender á su subsistencia. Inmediatamente se dedicó á buscar varios arbitrios, ocurriéndole entre otros la construcción de una plaza que sirviera para las corridas de toros, y que intentó edificar á pesar de encontrarse sin caudales. A fines de junio de 1764 se echaron los cimientos de ella, y ya el 8 de setiembre del mismo año se verificó la primera corrida, con asombro de los zaragozanos, que la habían visto construir en menos de tres meses. No pararon aquí los trabajos de Pignatelli para poner en planta la casa de misericordia, sino que hizo tambien el plano de un magnífico edificio, que principió á fabricarse en 4 de enero de 1777, y que hoy admiiran los zaragozanos. Estableció al mismo tiempo en él varios talleres de artes y oficios, en que se instruyen los pobres que abriga en su seno, mejorando de este modo la suerte de estos infelices que antes se vieron tan desatendidos. Al mismo tiempo que se ocupaba en la construcción de este hospicio, iba preparando Pignatelli los trabajos necesarios para llevar á cabo la grande obra del canal Imperial, del que habia sido nombrado protector en 1772, con amplias facultades, concedidas por Carlos III, para regir los trabajos que se hicieran en él.

Hasta entonces ninguno habia podido realizar la grande empresa de hacer de la acequia construída por Carlos V, un canal de navegación; se habian hecho dispendiosos gastos que ningun fruto habian producido, y ya todos desesperaban de poder dar cima á un proyecto que creían inasequible, cuando el genio atrevido de Pignatelli se propuso conseguir lo que tantos hombres no habian podido hacer. Principió por destruir los trabajos hechos por la compañía Bodin, que quedó estinguida, y dió principio á una presa en el Ebro, á tres cuartos de legua de Tudela. Aquí admiró á todos la constancia y laboriosidad de Pignatelli, resistiendo á mil obstáculos que se oponían á su obra; sesenta veces las avenidas del río desbarataron la mayor parte de los trabajos hechos, y otras tantas volvió Pignatelli á edificar lo destruído: doce años se emplearon para dejar la presa concluída, pero entre tanto se habia escavado una gran parte del canal, de modo que en el año 1795 quedaba corriente la obra para la navegación, hasta media legua mas abajo de Torrero, con general asombro de cuantos lo veían. Pignatelli habia sido tachado de visionario por lo colosal de la empresa que acometiera, así que para dar un solemne mentís á los que de tal le calificaban, no se olvidó de construir una fuente en el camino de Zaragoza á Casablanca, en la que colocó una inscripción que dice así: *Incredulorum convictani et viatorum comodis*; para convencimiento de incrédulos y comodidad de los viajeros. Este año de 1795 fué el último de la vida de Pignatelli, quien sucumbió el 30 de junio, á la edad de cincuenta y nueve años, siendo su cuerpo sepultado en el panteón de los canónigos, en el santo templo metropolitano de Nuestra Señora del Pilar. Desde entonces se han adelantado muy poco los trabajos, y pasará mucho tiempo antes que se vea realizado el gran proyecto de la union de ambos mares, si no aparece un genio como el del grande hombre, cuya biografía hemos trazado (1). Pignatelli fué nombrado caballero pensionado de la real y distinguida orden de Carlos III; era académico de la de San Fernando y sumiller de cortina de S. M. Su estatura era copiosa, pues pasaba de seis pies; esto, unido á la severidad de su semblante, le daba un aspecto que en nada desdecía de la grandeza de su carácter. Mucho debien los aragoneses á este grande hombre, que hermoseó Zaragoza y sus cercanías con algunos edificios, cuyos planos trazó, como fueron el palacio arzobispal, el hospicio de misericordia y las elegantes casas de Torrero y de la Casablanca; los paseos frondosos que adornan el exterior de la ciudad, son tambien obra suya, y últimamente, Pignatelli enriqueció al Aragón, activó el comercio, protegió la agricultura, despertó en la juventud zaragozana el amor al estudio, socorrió de un modo extraordinario las necesidades del menesteroso, le dió un abrigo y le proporcionó los medios de subsistir decentemente. Puede decirse que Zaragoza ha sido sumamente ingrata en no haber erigido una estatua ó otro monumento análogo á la memoria de este hombre, sin cuyo genio emprendedor, tal vez aquella no hubiera llegado á ser lo que es hoy día: la playa de Torrero ó el despartidero del molino de Cuéllar, cualquiera de ambos puntos nos parece el sitio mas oportuno en que el dicho monumento pudiera colocarse, si algun día se pensara en ello.

JULIO ÁLVAREZ Y ALDÉ.

(1) No sabemos si el actual gobierno de S. M. habra pensado en la realizacion de este grandioso proyecto al hacer la concesion de canalizar el Ebro á la empresa Poncelet; mucho nos felicitariamos de que así lo fuese.

EL DIABLO MUNDO.

CANTO SETIMO.

¿Dónde está aquella voz? ¿Dónde aquel canto?...
¡Ay de mí! ¿Dónde están?... ¿Adónde han ido?
Que ayer fueron encanto
De mi fiel corazón y de mi oído,
Y hoy acerba memoria,
Que en mi abandono y mi dolor presente,
Guarda la imágen para fiar mi mente,
De una pasada cariñosa historia!

¡Héme aquí solo! ¿Dónde, amigo mío,
Adónde estás, que el alma de mi vida
No encuentro ya, ni mi dolor impío
En su ofandad encontrará un hermano?...
¡Ay de mí triste, que te busco en vano,
Estrella de mi amor oscurecida!

¿Quién te apagó?... ¡Cruel! ¿Y tan hermosa,
No te vió con ternura?
¿Y no le enamoró la misteriosa
Luz que arrojabas de esperanza pura?

¡De esperanza! ¿Que amarga en mi tristeza
La gloria que ese brillo prometía!
¡Para mi amante y maternal ternera,
Todo es ahora dolor! ¡todo! alma mía!

¡Dolor las esperanzas que nos dabas!
¡Dolor los ricos frutos sazonados,
Que entre esas esperanzas arrojabas,
Ecos del alma en lágrimas bañados!

¡Todo es dolor! ¡todo es dolor! ni puedo
Tus glorias recordar! ¡Mi pena es tanta!!!
¡¡ Tan grande el amor mío!!! ¡Al llanto cede!
Mi ahogada voz te llora, no te canta!

¿En el profundo abismo de mi pena
Qué podrá ser sin ti, luz, ni alegría,
De cuanto hermoso y esplendente llena
La tierra triste, de tu amor vacía!

¿Adónde estás? ¿te acuerdas de esas horas
Por nuestras almas en su amor pasadas?...
¡Ay! ¡pobre amigo! que donde ahora moras,
No tendrás un amigo en tus veladas!!!

¡Ah! me atago en mi llanto!
¡Amigo, hermano mío!
¡Qué soledad cruel la de la tumba!
¡No es verdad, pobre amigo abandonado!
Que sientes sin abrigo ni cuidado,
Ni compasion, la ingratitud del frío!...

¡Ah! yo quiero en mi seno
Darte calor y besos, y abrazarte!
¡Qué has hecho tú que eras hermoso y bueno,
Para en tan duro desamor dejarte!

¡Quién quitó mi cariño de tu lado!
¡Porque no estaba yo junto á tu lecho,
Con mi amor, mi ternura y mi cuidado
Contando los latidos de tu pecho!

¡Latidos de dolor! ¡si! ¡dolorosos!!!
¡Pobre amigo! La muerte en un instante
No mata sin dolor! ¿A quien, quejosos
Esos ojos volviste
Con la angustia mortal? ¿A quién tendiste
Para el terrible ¡adiós! la mano amante!...

Todavía el calor de aquel abrazo,
¡Último que nos dimos en la vida!
Duraba en ti, mi amor! y en mí duraba!...
¡Ay! al llorar en amoroso lazo
Los dos en nuestra tierna despedida,
¡¡ Qué lejos tan cruel dolor estaba!!!



Era una noche; aun suenan en mi oído
Los acentos alegres de consuelo,
De amistad, de esperanza,
De juventud, de vida y confianza,
Que llenaron de amor, el dolorido
De nuestras almas, cariñoso duelo!

Yo aquella noche, en tu dormir penoso
Te estuve contemplando,
Mientras callaba el llanto en tu reposo,
Hilo á hilo mis lágrimas llorando.

¡Era tan larga de tu amor mi ausencia!
¡Tan incierta mi suerte!
Que en medio de la loca indiferencia
Que hasta otro mundo, por placer, me echaba,
Arrepentido y sin vigor lloraba,
Y de mi alma inquieta me quejaba
Que por volar sin rumbo iba á perderte.

Yo estaba allí á tu lado
Acariciando á tu alma que dormía;
Tu rostro por mil penas marchitado
Sobre la almohada, de pesar, caía,
Y en él el genio del dolor, sentado,
Con misteriosa palidez lucía.

¡Qué triste compañero,
Pero qué fiel es el dolor! ¡No deja
Solo, jamás, al triste que acompaña!
¡De su aurora solícito lucero!
¡Estrella de su noche, que la baña
Con luz que hasta en su sueño se refleja!

¡Tú, pobre amigo mío!
Así dormías, de tu hermoso pecho,
Guarida eterna, en su descanso impío,
Un eterno pesar había hecho!

Tú que en perpetua guerra
Y en tempestad de corazón vivías,
Fluctuando como yo entre cielo y tierra,
Conmigo en mis tormentas te envolvías.

Contigo las pasaba,
Los dos en violento torbellino
Envueltos, y en el caos,
En horas que nuestra alma no contaba,
Mareados buscábamos camino
A nuestras tristes solitarias naos,
Que el corazón ni el alma gobernaba.

¡Ven, yo te llamo, ven! ¡Cuán triste ahora,
Por siempre solo en mis angustias remo!
¡Qué débil soy, qué pobre el alma mía!
¡Dentro de mí, infeliz, el miedo mora!
¡Todo lo que antes arrostraba, temo!
¡Sin tí me asusta hasta la luz del día!

¡Eres tú? ¡Vienes, me oyes? ¡Ah! en mis brazos
Ven á caer, donde mi amor te espera!...
¡Ay de mí! ni tu sombra á mis brazos
La sorda muerte volverá siquiera!...

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

¡Cuántos nuevos dolores me han herido!
¡Cuánto tiempo ha pasado!
Desde que así con descompuesto acento,
Mi corazón del tuyo desunido,
En desgarrada queja hería el viento,
Amigo malogrado!

Hoy de aquel velador querido al lado,
Que era nuestro bufete y nuestra mesa,
Cual tantas veces con pereza escribo,

Por ver si acaso en los recuerdos vivo,
Ya que el vivir del día de hoy me pesa.

Este es el velador aquel, testigo
De nuestras largas íntimas veladas,
Continuación del fiel diálogo amigo,
Interminable y loco, alegre ó triste,
Que mil veces nos trajo á la memoria,
Aquel continuo hablar en las posadas,
En aire y fuego y agua, heridos, sanos,
De aquellos dos en la locura hermanos
Héroes que añadió el divino chiste
Del buen Cervantes á la humana historia.

Y cuántas veces, súbito se armaba
En mesa el velador, y los papeles
Sucios de prosa y verso se mudaba,
Por ponerse blanquísimo manteles.

Y seguía la plática, sabrosa
Mas aun que la cena improvisada,
Cuanto menos formal, mas cariñosa;
Entre nosotros dos, la mesa amada.

Y el recuerdo fijáramos en ella,
Y decíamos tristes: ¡algun día,
Lámpara y mesa, amor y compañía
Separe acaso nuestra inquieta estrella!

Mas nunca esté recuerdo de ternura
Saldrá del corazón! ¡Ojalá el cielo
No le convierta en llanto y amargura
Y en solitario duelo!

¡En duelo solitario!... así me inclino
Sobre el querido velador ahora,
Sin comprender mi vida y al destino,
Dejando urdirme un mal entre hora y hora!

¡El bálsamo del tiempo no me cura!
La herida está ahí abierta, pero fría.
Ah! dure siempre!... mientras ella dura
Siente algo el alma inanimada mía!

Esta alma que agotó su sentimiento,
En resistir al terco y necio y crude
Azote de la suerte violento,
Manchado de un veneno en cada nudo,
Que hoy en silencio mudo,
Si llora, no se queja,
Y al mundo tal cual es, de muerte y vida
Mezcla desconocida,
Seguir su marcha indiferente deja.

¡Muerte impotente! ¡guarda, guarda en calma,
Lo que tú no animaste! aquí en la tierra
Esa es la ley! engendra y crea el alma,
Y un cuerpo vil acopia y tiene y cierra!

¡Y á tí, chispa entre nieblas, pobre brasa
Que relumbra entre lodo,
Principio á medias de un escaso todo,
Vida!... yo te respeto;
Maldije un día de tu lumbre escasa,
Mas hoy por fin, en mi fastidio quieto,
Tu luz me basta de cualquiera modo.

Voy á vivir: mas quiero
Vivir aun de mi pasada vida,
Que el alma mía pierde, mas no olvida
Lo que ha amado primero!

La triste, enamorada
Estuvo de la ingente poesía,
Que en el amigo corazón ardía,
Que hoy calla en la morada,
Dónde la muerte le ha encerrado un día.

Mas no calla en mi mente, á la miseria
Del sepulcro le roba,
Y en su divino vuelo,
Dejando al mundo su infeliz materia,

Halla aquel pensamiento que la arroba,
Y con él vive en el vivir del cielo.

¡ Si muere la esperanza
Para el cobarde cuerpo y si vacila,

A la Imágen de Dios jamás alcanza
En su grandiosa eternidad tranquila
Y en su vida de espíritu, mudanza |

(Continuará).

MATEO DE LOS SANTOS ALVAREZ.



LA CONCEPCION DE LA VIRGEN,

Cuadro de Murillo.

Nuestro grabado es una bella copia de ese famoso cuadro que el mariscal Soult se llevó de España entre la multitud de importantes y conocidas adquisiciones que hizo en este país, casi africano según los franceses.

La imágen mística y graciosa de María aparece radiante en el cielo, en medio de una nube de ángeles y querubines; este lienzo es considerado por muchos, no sólo como la obra maestra de Murillo, sino como uno de los primeros cuadros del mundo.

Sabido es con qué empeño se le disputado esta alhaja, cuando la muerte de Soult ocasionó una venta de la colección de cuadros, la mayor parte pertenecientes á España, que formaban su galería; háto

un dado que hablar esta joya, que todas las naciones se han disputado; decimos mal, no todas: España con su habitual indiferencia ha sido la que no se ha curado de adquirir este cuadro, que solamente perdió. Basten pues éstas pocas líneas para acompañar al grabado que hoy estampamos. Hay cosas que no pueden ni aun indicarse sin que la vergüenza asome al rostro de todo el que tenga algún amor á las cosas de su país, y la Concepción de Murillo es una de ellas.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Ríos.

Madrid.—Imp. del Semanario y de La Ilustración, á cargo de Albarrán.